



a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15-06-2021

«... nos apremia el amor de Cristo... Y Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos» (2 Corintios 5, 14-15).

A Jesús por María

Del mes de mayo, dedicado a la Virgen María, hemos pasado al mes de junio, dedicado al Sagrado Corazón de Jesús. Esta devoción al Sagrado Corazón es muy antigua, y se ha extendido por todo el mundo desde el siglo XVII en adelante.

El "corazón" es el símbolo del amor de una persona y su centro más profundo. Por tanto, hablando del Sagrado Corazón de Jesús, nos referimos a lo que representa: el amor. No nos referimos simplemente a un "órgano biológico" de su cuerpo, sino que queremos afirmar lo que creemos. Es decir, que Jesús nos amó y nos ama "con todo su corazón y desde el fondo de su corazón".

El amor misericordioso de Dios es lo que llevó al Verbo a encarnarse y a ofrecer su existencia "para nuestra salvación", incluso hasta la muerte de cruz. En el traspaso de su costado con la lanza y en el derramamiento de sangre y agua (cf. Jn 19, 34) se representa la "entrega", el "darse" total de Jesús, "hasta la última gota de su sangre". Es decir, sin escatimar nada de sí mismo, sin retener nada de su propia vida. La sangre, en el lenguaje bíblico, es símbolo de la misma vida. Y, a su vez, la sangre y el agua son símbolos de los sacramentos de la Iglesia.

Por tanto, el amor de Jesús no es un amor cualquiera, contenido dentro de límites definidos o definibles. Al contrario: es el amor del Hombre-Dios, es un amor absoluto e infinito, total y sin reservas. Es un amor gratuito, como debe ser el verdadero amor.

El amor de Jesús es el amor de Dios, "el amor que mueve el sol y las otras estrellas" (como termina la Divina Comedia de Dante Alighieri). Es el amor que siempre perdona. Es el que mantiene viva en nosotros la certeza de saber "en quién hemos puesto nuestra esperanza". El que nos lleva a afrontar, con fuerza y valentía, los retos que la vida nos presenta.

Jesús vivió su existencia terrena según las necesidades de la humanidad sedienta de amor. Hizo de su vida un espacio de la acogida y del abrazo, del consuelo y del perdón, de la llamada y de la espera, de la esperanza y de la paciencia. Su espacio es el de vida que genera vida.

El corazón de Jesús es un corazón enamorado, que desea que también nosotros le amemos, para que en él encontremos la verdadera vida y la plenitud del amor. Debemos crecer en el amor. Por esto le suplicamos diciendo: "Dulce corazón de mi Jesús, haz que te ame cada vez más". Por eso le pedimos: "Jesús, manso y humilde de corazón, transforma nuestro corazón y enséñanos a amar a Dios y al prójimo con generosidad".

Es realmente emocionante constatar cómo Magdalena Aulina, que inició su Obra en el mes dedicado a la Virgen, eligió rezar frente a la imagen de la Virgen del Sagrado Corazón. ¡No podía ser de otra manera! La Virgen del Sagrado Corazón indica el Corazón de Jesús. El corazón es símbolo del amor, y es precisamente el amor arrollador de Jesús lo que Magdalena quiere dar a conocer a la gente.

Magdalena nos sugiere que confiemos todos los deseos y todas las preocupaciones a Nuestra Señora del Sagrado Corazón, porque María nos muestra el corazón de Jesús, su divino Hijo, para que podamos acercarnos a él con confianza. Y él siempre nos espera con los brazos abiertos, porque quiere llenarnos de su amor.

Durante la pausa de verano, confiémonos a menudo al Sagrado Corazón de Jesús, que nos acoge con nuestras heridas y nuestros pecados. Su amor siempre está dispuesto a perdonarnos y cuidarnos.

Confiémosle todas nuestras necesidades, desilusiones, cansancios y preocupaciones, porque él mismo nos dijo: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré» (Mateo 11, 28).

Les deseamos a todos un tranquilo y sereno tiempo de descanso "a la sombra de la encina".

